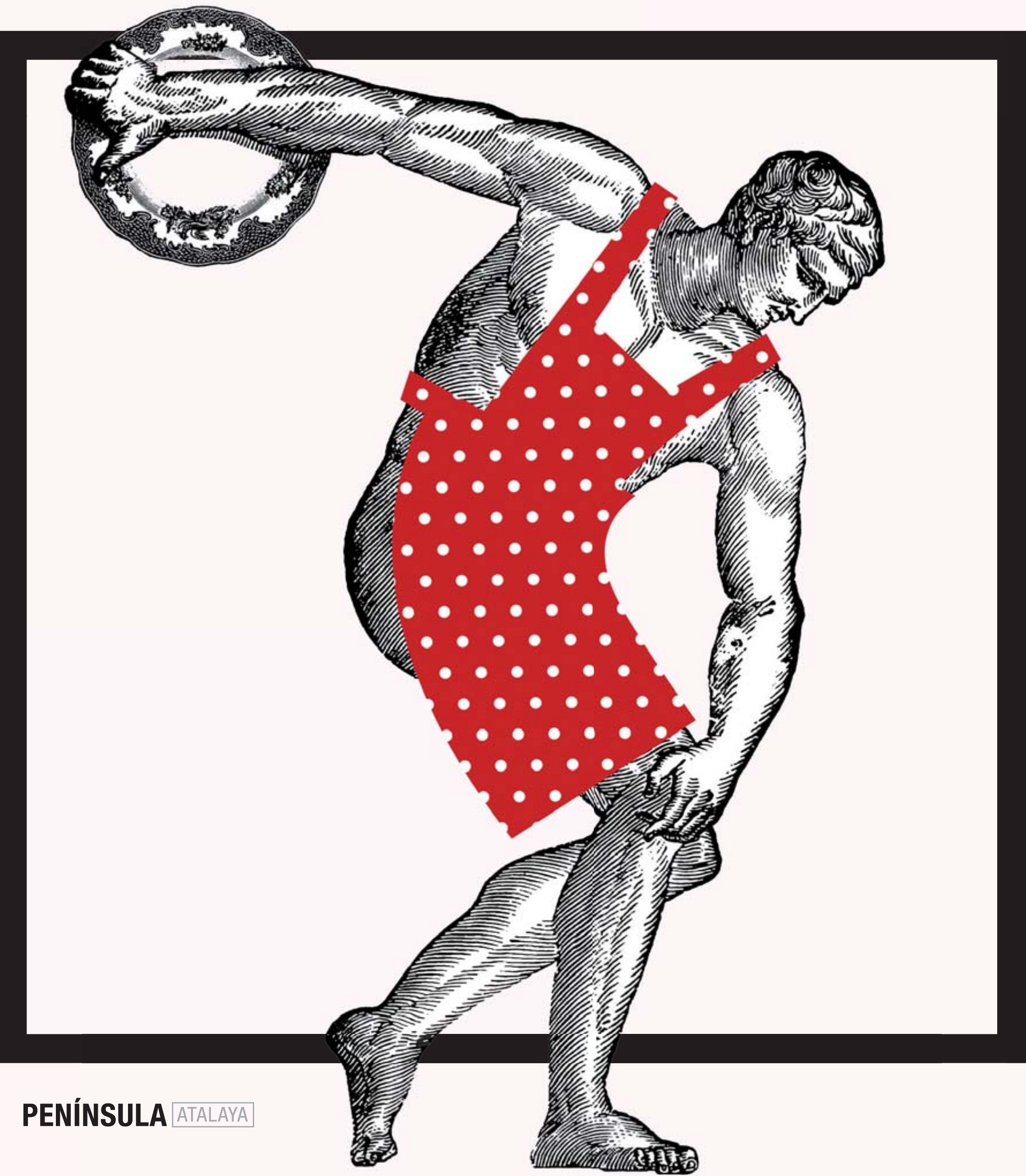
Ritxar Bacete

Nuevos hombres buenos

La masculinidad en la era del feminismo



PENÍNSULA ATALAYA

Ritxar Bacete

Nuevos hombres buenos

La masculinidad en la era del feminismo

Prólogo de Kirmen Uribe

ediciones península

Primera edición: noviembre de 2017

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-23.487-2017
ISBN: 978-84-9942-649-5

ÍNDICE

1

HOMBRES EN EL SIGLO XXI: MASCULINIDADES PARA LA ERA DEL FEMINISMO

> La vida es un largo combate por el que se llega a ser uno mismo, esa es la tarea más elevada e ineludible de todo ser humano.
>
> Simone de Beauvoir

> Y si actuamos, por poco que sea lo que hagamos, no será preciso esperar ningún futuro utópico y grandioso. El futuro no es más que una sucesión infinita de presentes, y vivir ahora como pensamos que deberían vivir los seres humanos, desafiando todo lo malo que nos rodea, es ya de por sí una maravillosa victoria.
>
> Howard Zinn

Somos de colores

Tendríamos que imaginar una paleta de colores infinitos para definir la humanidad. Cada persona es en sí misma un milagro, un crisol del pasado, una suma única e irrepetible de la historia

evolutiva de la humanidad. Cada uno de nosotros lleva en su piel nuestro origen africano, restos del mestizaje con las gentes del Neandertal, con las caucásicas, con las indostanas; somos también árabes, túrquicos, amarillos... Somos bajitos, altos, delgados, gruesos, con más o menos capacidad intelectual. Estamos condicionados también por ser ricos, pobres, de la clase dominante o la dominada, migrantes o autóctonos, enfermos o sanos, viejos o jóvenes, por el estado de nuestra capacidad motora o por nuestra capacidad de comunicación.

Hablamos más de tres mil idiomas diferentes, con distintas formas de significar y entender las circunstancias en las que vivimos. Somos también bisexuales, homosexuales, heterosexuales, transexuales, intersexuales y, hasta en ocasiones especiales, un poco *queer*. Para hacerlo más complejo aún, vivimos en una comunidad de símbolos compartida, en una cultura determinada que tiene una visión propia del mundo, pero que no es homogénea, sino que es diversa en sí misma, variable e incluso contradictoria. Por todo ello, definir el hecho humano a partir de la radicalidad binaria que supone clasificarnos por el sexo con el que nacemos es una simplificación tal que no es operativa, justa ni adecuada para comprender el hecho humano ni, menos aún, para algo más trascendental y cercano: saber quiénes somos, de dónde venimos y, sobre todo, hacia dónde vamos. El blanco y el negro, con sus variaciones y distintos tonos de grises, lo masculino y lo femenino, no bastan para comprendernos, poder relacionarnos de forma armoniosa ni desplegar el inmenso abanico de la potencia humana que se surge de la igualdad y que está por ser descubierto en su plenitud.

Además, la biología está de nuestro lado. Entender la belleza que esconden los maravillosos 23 pares de cromosomas con los que nacemos y el juego que nos dan para poder ser, estar y vivir solo se puede hacer desde la comprensión de la diversi-

dad y complejidad del hecho humano, como potencia y límite. Una sola representación de cada par de cromosomas tiene una longitud aproximada de 3.200 millones de pares de bases de ADN, que a su vez contienen unos 20.500 genes que cuentan con 28.0000 elementos reguladores. Esta información básica y codificada para la vida que habita en cada cuerpo (como, por ejemplo, en el tuyo o en el mío) es fruto del mestizaje, el enriquecimiento y el intercambio genético producido durante cientos de miles de años.

El cerebro de un ser recién nacido tiene más de 100.000 millones de neuronas, por lo que estaría muy cerca del número de estrellas que se estima que existen en el universo. La diferencia, sin embargo, es que nuestras neuronas se comunican entre sí, generando a su vez complejos circuitos químicos y eléctricos únicos, por lo que un solo cuerpo humano encierra una mayor variabilidad que todo el universo astronómico, del que también somos parte. Si a todo ello le sumamos la complejidad y plasticidad del sistema nervioso central, además del impacto de la epigenética a través de la cultura y las experiencias vitales de cada persona, llegamos a la conclusión de que el par de genes X e Y determinantes del sexo de las personas son solo una circunstancia biológica aleatoria, que por sí misma poco tiene que decir de las expresiones y capacidades que cada persona, como ser único e irrepetible, desarrolle a lo largo de su vida. Como explica maravillosamente David Eagleman:

> Las células se conectan unas a otras en una red de tan sorprendente complejidad que el lenguaje humano resulta insuficiente y se necesitan nuevas expresiones matemáticas. Una neurona típica lleva a cabo unas diez mil conexiones con sus neuronas adyacentes. Teniendo en cuenta que tenemos miles de millones de neuronas, eso significa que hay tantas conexiones en un solo centímetro cúbico del tejido cerebral como estrellas en la galaxia de la Vía Láctea.

¡Más difícil todavía! Somos lo que hacemos. Me explico: para comprender la maravilla de la diversidad y la plasticidad humanas, merece la pena que nos detengamos unos segundos en destacar algunos de los últimos hallazgos clave relacionados con la epigenética (o, lo que es lo mismo, la relación dinámica que se da entre la biología y la cultura).

La epigenética se refiere al conjunto de reacciones químicas y demás procesos que modifican la actividad del ADN. Las marcas epigenéticas no son genes, sino fruto del impacto del ambiente, pero son capaces de influir en la genética del organismo. No son el coche, pero se parecen al volante; no son la electricidad, pero funcionan como interruptores. A través de pequeñas modificaciones químicas, la epigenética es capaz de regular la expresión de multitud de genes, por lo que la expresión de la biología no se da en nuestros organismos de forma pura o inmutable, sino que la lectura de los genes estará condicionada por nuestra experiencia y aprendizaje. Entonces, no somos biología o cultura, sino potencial con base biocultural o la suma dinámica de ambos elementos. La gran magia del cerebro en evolución es que los programas aprendidos que son realmente buenos, o aquello superador que hacemos, como las relaciones equitativas y pacíficas, quedan impresos en el ADN a través de la epigenética.

Por tanto, lo que entendemos por ser hombre o mujer, masculino o femenino, son construcciones culturales que inciden en nuestra potencia biológica de una forma sesgada, determinada por nuestras circunstancias y momentos históricos. Si pudiéramos hacer una secuencia del significado de cada acción que realizamos dentro de los parámetros de femenino y masculino, veríamos que lo humano es que cada persona puede hacerlo todo (cuidar, besar, escuchar, golpear, mimar, decidir, comprender...), por lo que limitar nuestras capacidades en base a haber nacido con unos genitales u otros es inhumano

y limitante, tanto para los hombres como para las mujeres, que son mucho más que la definición cultural parcial que se hace de ellos y ellas. Especialmente, en un sistema tan ridículo (aunque eficaz para la dominación) como el patriarcal.

La ecología neuroemocional (es decir, la potencia biológica que traemos de fábrica y aquello que hacemos desde los significados de nuestra cultura) podrá ser favorable o adversa para el desarrollo de las competencias y las capacidades de cada ser humano. Muchas de las expresiones del sexismo que observamos (y que hemos confundido erróneamente como naturales o propias de cada uno de los sexos) tienen que ver con procesos epigenéticos, en los que el sexismo se convierte en un elemento biocultural, llegando a incidir y condicionar incluso la expresión de los propios genes.

¿Quién podría atreverse a afirmar, entonces, que las mujeres *son* de determinada manera o los hombres de otra? La diversidad esencial y constitutiva del hecho humano niega de forma radical la estereotipación de las personas: lo que somos nunca tendrá cabida en la simplificación que siempre implican las etiquetas. Nuestra esencia, tanto de los hombres como de las mujeres, radica en la potencia de ser, en la capacidad de crear identidades únicas e irrepetibles, así como en la contingencia de la libertad, que supone tener la capacidad de elegir quiénes somos y cómo queremos vivir. No *somos* una realidad inamovible: *estamos*, y siempre en tránsito.

Sin cultura no hay vida, y sin biología tampoco podemos ser. Como especie altricial —es decir, biológicamente dependiente—, solo podemos existir cuando la cultura y la biología se dan la mano. Lo realmente fundamental, universal, lo que nos hace humanos y posibilita la vida, son los cuidados, por lo que estos deberían pasar a formar parte de la centralidad política y ética en la estructuración de nuestras sociedades.

Hombres en crisis y masculinidades en estado crítico

No nos equivoquemos: la gran crisis del siglo XXI es el trance de los hombres y el gran dilema del futuro la masculinidad tal y como la hemos conocido hasta ahora. Lo queramos o no, seamos conscientes o no, nos guste más o menos, los hombres estamos en crisis y la masculinidad, también. Hace tiempo que se rompió el tablero de juego y nos toca reconstruirlo.

La colosal transformación de las mujeres ha generado una nueva realidad con cambios tan profundos que han hecho tambalearse las estructuras mismas del sistema. Los cambios producidos por las mujeres, generados desde el empoderamiento, han hecho florecer identidades individuales, así como espacios de relación y convivencia nuevos que han venido a cuestionar de forma radical y para siempre la masculinidad hegemónica dominante y el papel de los hombres en la sociedad.

Es evidente, por tanto, que la crisis de la masculinidad ha sido consecuencia directa de los cambios producidos y liderados por las mujeres y los feminismos, que han logrado poner delante de nuestros ojos, de los de todos los hombres, el espejo de la historia: ¿quién soy yo en este nuevo mundo? ¿Qué es ser hombre hoy? ¿Qué se espera de mí? ¿Soy un hombre justo? ¿Puedo cambiar? ¿Debo cambiar? ¿Cómo me relaciono con otros hombres? ¿Y con las mujeres? ¿Soy un buen padre? ¿Establezco relaciones igualitarias con las mujeres de mi entorno? ¿He sobrepasado alguna vez alguna línea roja en mis relaciones? ¿Soy machista? ¿Soy libre?... Es como si al Dios todopoderoso de Miguel Ángel representado en los techos de la capilla Sixtina del Vaticano y que da vida a Adán ahora le tocase bajar a tierra, mirar a los ojos de las mujeres de igual a igual y cuestionarse su naturaleza divina. Pero no nos equivoquemos ni lancemos las campanas al vuelo. Se trata de una crisis que tiene que ver con la incapacidad

del viejo modelo de masculinidad de adaptarse a una realidad emergente, apoyada en la potencia emancipadora y creativa de la igualdad y la libertad, y que, aunque está liderada por las mujeres (y por algunos hombres), nos afecta y beneficia también a todos nosotros.

La crisis presenta dimensiones varias, espejismos y contradicciones. Para comprenderla mejor, debemos navegar muy atentos y de forma crítica por sus matices y grietas. Hay crisis personales, colectivas, coyunturales, estructurales y profundas, y, sin ninguna duda, hoy estamos en uno de esos momentos de la historia que puede parecer pegajoso, gris, intrascendente, pero en el que está en juego el futuro de la humanidad. El camino por el que transitaremos se está empezando a dibujar en el cambio de paradigma de la masculinidad: la materia con la que construimos nuestros cuerpos y las emociones que nos atormentan o nos catapultan a construir sueños o a emanciparnos de la pesada carga que nos ha tocado soportar son algunos de los ingredientes de esta gran crisis de los hombres y la masculinidad.

El modelo de masculinidad dominante que en los últimos siglos cincelaba de forma implacable las identidades personales de cada uno de los hombres se ha resquebrajado, como si se tratara del casquete polar en tiempos de calentamiento global, pero esta vez debilitado y cuestionado por un cambio climático positivo, en el que la liberación y el empoderamiento de las mujeres ha sido la fuerza fundamental que ha promovido el deshielo de las identidades masculinas. Gracias a todos estos cambios, de la rigidez del hielo identitario masculino estamos pasando a un estado más plástico y flexible, incluso líquido en algunos márgenes. Es muy probable que por primera vez en la historia conocida de la humanidad se estén dando, al mismo tiempo, tanto el clima como las condiciones sociales favorables para el cambio, para una transformación —esa que está siendo

y será— profunda e irreversible. Pero, como suele ocurrir en toda crisis de gran magnitud que se precie, las resistencias que tratan de impedir los logros y avances parecen multiplicarse.

En el desierto helado también se producen espejismos. Gracias a las inercias del pasado, los machismos, en sus distintas dimensiones, clases y tamaños, parecen seguir dominando las placas de hielo en las que habitan, aunque, como si se tratara de los últimos mamuts lanudos que vivieron en la isla siberiana de Wrangel, son conscientes tanto de su poder y sensación de dominio como de su implacable proceso de extinción. Es una crisis global que nos afecta a todos, independientemente de cómo nos situemos ante ella, pero en la que los poderosos se lo juegan todo.

Quiero aclarar que no entiendo las transformaciones de la historia en forma de progreso, y, como más adelante podréis comprobar, defiendo que la disidencia, también en lo masculino, siempre ha estado presente, aunque sus distintas expresiones hayan llegado con dificultad a nuestros días, porque la narrativa de las historias de los hombres disidentes, como ocurre con la de las mujeres, también está sesgada, condicionada e impactada por el sexismo.

Soy plenamente consciente de que, en tiempos que también son los de Trump, Putin y los extremismos religiosos, de rearme, de nuevas y dolorosas guerras o de los crueles e incesantes feminicidios, reivindicar la «era del feminismo» como algo logrado pueda resultar contradictorio. Estoy convencido de que la reacción de los *angry white men* («hombres blancos enfadados») es una señal positiva, consecuencia de la crisis de las masculinidades y que asusta a muchos hombres, pero que nos muestra que vamos por buen camino. Los miedos masculinos están directamente relacionados con el desasosiego que nos genera a muchos de nosotros ser conscientes de que vivir en igualdad conlleva, inexorablemente, perder nuestros privi-

legios (que son de todos). Muchos hombres temen tener que vivir en un mundo que ya no es el mismo, que es más diverso e igualitario que en el que nacieron y en el que saben que han de desenvolverse, quieran o no. La inmensa mayoría de nosotros apoyamos teóricamente (aunque mucho menos en la práctica) las relaciones de igualdad, pero de forma inconsciente nos da miedo relacionarnos con mujeres libres, porque sabemos que eso implica mirarnos al espejo, cuestionarnos y cambiar. Y no solo a los «hombres enfadados» les toca revisar su agenda de cambio, sino que también nos toca hacerlo a todos y cada uno de nosotros, los hombres de y para el siglo XXI, por muy igualitarios, feministas o buenas gentes que nos consideremos.

Esta perestroika que se está produciendo en el sistema binario radical en el que hemos vivido hasta hoy está provocando, como consecuencia inevitable, un cambio de modelo de humanidad. Se están generando relaciones y posibilidades nunca antes conocidas de estructurar y definir democráticamente sistemas de convivencia pacíficos, que se extenderán y serán notables cada vez más no solo en los espacios privados, sino también en los públicos. Hasta tal punto que ha llegado el momento de generar la confianza necesaria, en dosis suficientes, para realizar junto a las mujeres un nuevo pacto de convivencia más justo, pacífico y bello.

Como consecuencia del deshielo, si ajustamos las lentes a la hora de observar la realidad, hoy en día podemos encontrar masculinidades disidentes compartiendo pista de baile con las renovadas hegemónicas de antaño. Y, titilando junto a ellas, allá en el firmamento o aquí cerca, performativizamos (hacemos, vivimos, soñamos, creamos) masculinidades diversas para varones finitos: hombres duros, blandos, sensibles, impasibles, violentos, cuidadores, empáticos, feministas, «machirulos», fríos, amantes, líderes, sinceros, revolucionarios, conservadores, callados, perdidos, radicales, pesados, torpes, poliamorosos, honestos,

babosos, imperfectos, honestos, gays, heteronormativos, infieles, conscientes e inconscientes, simpáticos, poderosos, evasivos, crueles, corresponsables, acaparadores, infelices, satisfechos, bisexuales, *queer*, sensibles, en construcción, acosadores, en terapia, presos, desgenerados (es decir, sin género), acosados, mentirosos compulsivos, víctimas, verdugos... Y todo ello se produce en un baile complejo y contradictorio de las masculinidades en plural y de cada una de nuestras existencias en particular. ¿Alguno de nosotros se reconoce en estos hombres? Yo, en distintas dosis y con éxito desigual, en casi todos.

Por fortuna, este no es un partido que se pueda ver desde la grada, sino que nos toca jugar a todos. Y también a todas. Lo más paradójico, maravilloso y humanizante es que cada uno tiene su agenda, algo que hacer, con lo que comprometernos y que transformar. Impresiona cómo en cada experiencia humana de ser hombre, macho o varón en nuestra sociedad —también en la mía propia— conviven todos estos impostores con mayor o menor ímpetu, porque cada uno de nosotros combina en nuestro genoma cultural distintas dosis de lo aprendido. Y quien esté libre de contradicciones identitarias, sea mujer u hombre, que tire la primera piedra… Probablemente, la equidad de género avanzaría con más rapidez si todos recogiéramos el guante de la agenda propia, al más puro estilo de las reuniones de Alcohólicos Anónimos: «Hola, me llamo Ritxar y también soy machista». ¿Cómo lo ves? No se trata de flagelarnos, pero sí de conectar desde la humildad con distintos grados tanto de contradicciones como de responsabilidades.

La naturaleza y el dinamismo cultural que acogen la vida, queramos o no, son más testarudos y contumaces que nosotros mismos. El individualismo y la competitividad representan dos de los mayores engaños y fracasos de la historia de la humanidad, porque la vida, aquella que merece la pena ser vivida,

solo es posible en la comunidad de los cuidados compartidos: somos seres dependientes, inacabados, imperfectos y condenados a aprender a ser lo que somos, absorbiendo, bebiendo, empapándonos, mimetizándonos neurobiológicamente con los modelos identitarios que nos rodean, que nos permiten ser y liberarnos en comunión con los demás.

Estamos ante una sopa universal contradictoria, inacabada, pero sobre todo nos encontramos en transición entre un modelo de masculinidad que ya no sirve y unas formas de ser hombre mucho más líquidas, en estado de ebullición, que haremos cristalizar en estructuras amables, democráticamente, entre todas y todos.

Necesitamos liberarnos como hombres, porque es un derecho tanto individual como colectivo, así como una obligación política con la ternura y la belleza. Precisamos más que nunca volver a conectar con las emociones, con nuestros cuerpos, con las virtudes y con otros hombres. Queremos poder mirar a los ojos de las mujeres situándonos a una misma altura y aprender con y de ellas. Los cambios que han protagonizado en los últimos doscientos años son imparables, tan pacíficos como incómodos, y nos han regalado la extraordinaria y hermosa oportunidad de transformarnos, también, a nosotros mismos.

Nuevas y viejas masculinidades

Como seres finitos, vivimos bajo el imperio de las coordenadas de espacio y tiempo. Lo que somos y hacemos ocurre irremediablemente en lugares y momentos determinados. Además, todo se construye, incluidas la felicidad y, por supuesto, la identidad personal o ese personaje —labrado desde la más tierna infancia— que creemos ser. Como fruto de una narrativa colectiva, no somos lo que pensamos ni lo que sentimos, sino potencial

de ser y hacer en tránsito y transformación constante, aunque no nos sintamos cómodos con ello. Pero estoy seguro de que muchos queremos y que, además, nos gusta.

Ser hombre o mujer es una invención humana —una construcción y no un destino— que ha sido creada en base a los valores dominantes de una determinada época, por lo que puede (y debe) transformarse. Si sobrevivir con lo conocido es la meta, no necesitamos grandes alforjas para completar nuestras existencias. Pero, si se trata de vivir con dignidad, alegría, plenitud y esperanza en un entorno social y familiar o en una biografía y un cuerpo finito con fecha de caducidad y en constante transformación y cambio, es necesario que seamos capaces tanto de asumir lo que somos como de problematizarlo, y establecer, así, una hoja de ruta para vivir la vida que deseamos. Además, salvo patológicas excepciones, partimos con ventaja, porque todo ser humano viene equipado de serie con la capacidad inagotable (aunque a veces agotadora) de aprender cambiando y cambiar aprendiendo, tanto para adaptarnos al entorno como para buscar nuevas fuentes de encuentro con uno mismo en la quimera de la búsqueda de la felicidad o, al menos, de sabrosos momentos de paz y satisfacción.

Todo el mundo es susceptible de cambiar cuando las circunstancias cambian, pero los pequeños cambios individuales, por insignificantes que nos parezcan, también son capaces de transformar las circunstancias que los crean, modificando las reglas del juego y las estructuras de relación.

Ni las viejas masculinidades son tan viejas ni las nuevas lo son tanto, pero nombrarlas nos ayuda a distinguir las dinámicas dominantes y los cambios. Condicionados como estamos por una visión evolucionista de la historia, con nuestra visión evolucionista, pensamos que cualquier cambio en los modelos establecidos implica o crea *per se* una realidad nueva. Pero cuando hacemos una revisión del pasado con perspecti-

va de género nos encontramos con que los hombres siempre hemos sido diversos. A pesar de que la dinámica hegemónica haya sido implacable con las disidencias masculinas (con especial virulencia y eficacia en el terrible siglo xx), también podemos ser capaces de rescatar dignos ejemplos de hombres pacíficos y cuidadores.

Aunque en el año 2008 colaboré en la redacción de la guía titulada *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades* para Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer, siempre he sido crítico con la utilización de términos como «nuevas masculinidades», que por sí solos pueden dar lugar a fenómenos nefastos, como la asimilación de los conceptos sin la carga verdaderamente política o transformadora que precisan. Lo nuevo en las masculinidades pasaría inexorablemente por la apuesta de los hombres por mantener, propiciar e impulsar relaciones de equivalencia y equidad con las mujeres, desde el reconocimiento de los privilegios y el cuestionamiento de las relaciones de poder.

El museo del Prado de Madrid, como muchos otros espacios donde se atesoran expresiones estéticas y artísticas, cuenta con ejemplos significativos de esas masculinidades disidentes que han existido siempre, en menor o mayor medida, en nuestras sociedades actuales, así como probablemente en todas las culturas conocidas. Entre imágenes de hombres rudos, poderosos, reyes y batallas podemos encontrar escenas como la representada por Bartolomé Murillo de *San José con el Niño*, en la que se muestra a un padre implicado, cuidador y emocionalmente presente. El contraste es desgarrador cuando la comparamos con la obra de Francisco de Goya *Saturno devorando a un hijo*. Da igual el momento de la historia al que nos estemos refiriendo, porque siempre encontraremos en los márgenes masculinidades disidentes, pacíficas o cuidadoras. La mala noticia es que en ninguna de las etapas históricas,

analizadas desde una perspectiva crítica, hemos encontrado un modelo hegemónico de masculinidad que haya sido pacífico y cuidador. Los ejemplos y prácticas disidentes están permitiendo consolidar la profunda transformación de la que estamos siendo testigos y protagonistas: la emergencia de otro modelo posible de masculinidades —que, hasta ahora, eran solo alternativas— capaz de generar una nueva masculinidad hegemónica de referencia.

Aunque siempre ha habido ejemplos de disidencia de género en cualquier entorno artístico histórico, la violencia de género ha estado también presente y normalizada, en forma de representación de raptos, violaciones y vejaciones de todo tipo, reproducidos ampliamente en esculturas, cuadros o dibujos. Podríamos poner múltiples ejemplos, como la obra *Susana y los viejos*, de Artemisia Gentileschi, *El rapto de las hijas de Leucipo* o *el Rapto de Hipodamia*, de Rubens, o la escultura *El rapto de las Sabinas*, de Juan de Bolonia. Y la literatura tampoco se ha quedado atrás: en los *Estudios sobre el amor*, de 1940, Ortega y Gasset se preguntaba: «Cuando el objeto erótico es una mujer, la incitación al rapto se potencia porque también, en cierto modo, puso Dios en el mundo a la mujer para ser arrebatada, no digo que deba ser así, pero ¿qué le vamos a hacer si Dios lo ha arreglado de esa manera?».

Para transformar el presente necesitamos reconquistar la memoria, reconstruirla y poner a trabajar la potencia performativa de los nuevos símbolos a nuestro favor. Las viejas heroicidades que copan la inmensa mayoría de los espacios públicos y de la memoria colectiva han quedado tan obsoletas y son tan poco operativas como los reproductores de vídeo en Betamax.

Hace poco, en un debate abierto en las redes sociales sobre la necesidad de cambio en los hombres tras un nuevo caso de violencia machista, un hombre anónimo señalaba con amargura y enfado: «No soy un hombre nuevo, ni mi mas-

culinidad es nueva ni he pedido tener otra diferente, no nací estropeado por ser hombre». Evidentemente, aunque este hombre se había sentido señalado, su respuesta refleja muy bien el trasfondo del debate sobre las nuevas y viejas masculinidades, que está adquiriendo en las redes sociales una intensidad inusitada. La cultura en la que vivimos tiene la fuerza y la virtud de invisibilizar el impacto que la socialización tiene en nuestras vidas: al vivir inmersos en ella, no la percibimos, como tampoco somos capaces de sentir que viajamos a toda velocidad en un planeta que rota y se traslada sin cesar. Y es lógico, porque nuestro sistema nervioso central, ante los múltiples estímulos que nos rodean, opta por anular la percepción de lo obvio, intenso y constante.

Un ejemplo bastante ilustrativo que suelo utilizar en mis cursos es el del perfume y el cerebro. Cuando vamos a asistir a un evento destacado (como una boda, una cita o una entrevista de trabajo), para dar la mejor imagen posible, agradar o seducir tenemos la sana costumbre de asearnos y perfumarnos. Aunque hayamos invertido todos nuestros ahorros en el perfume más impactante del mercado, a los cinco minutos de habernos bañado en nuevas feromonas y una combinación alquímica de matices inigualables somos incapaces de percibir nuestro propio aroma corporal, que, sin embargo, sería perfectamente identificable por cualquier persona (con olfato, claro está) que se nos aproximase a la distancia adecuada. Por lo tanto, si la biología de nuestro propio cuerpo anula hasta los estímulos más recientes, intensos y sugerentes, ¿cómo no iba a hacerlo con los modelos sexistas que hemos bebido e interiorizado como normales y deseables, incluso antes de tener conciencia de que existían? Por eso mismo, más que plantear una pugna entre lo nuevo y lo viejo prefiero provocar el debate, la duda y la reflexión desde las virtudes que pudiera presentar un modelo de *hombre nuevo*, renovado intencional y políticamente desde

la equidad, pero también por las circunstancias históricas específicas de nuestra época. Hombres nuevos diversos, ligados a prácticas cotidianas cuidadoras y pacíficas, sin desdeñar la construcción de una estética y simbología asociada a lo que de un hombre nuevo y bueno se espera que haga, piense y sienta.

En una jornada celebrada en Madrid, se planteaba la siguiente pregunta: «¿Pueden ser "nuevas" las masculinidades sin ser feministas?». Como en un buen ajiaco cubano, para que se produzca cualquier transformación social capaz de adquirir un carácter estructural y permanente, son múltiples los ingredientes y las circunstancias que se tienen que dar, estando muchos de ellos en tensión e incluso en contradicción. Es evidente y defiendo que el feminismo, como conjunto heterogéneo de movimientos políticos, culturales, económicos y sociales que pretende lograr la liberación de las mujeres, la erradicación de la dominación y la violencia, así como la igualdad de mujeres y hombres, ha sido un elemento clave en la historia reciente de la humanidad para avanzar no solo hacia el empoderamiento de las mujeres, sino también hacia la transformación, mejora y liberación del conjunto de la sociedad. Y, evidentemente, de los hombres. Para lograrlo, el liderazgo y los aportes de las mujeres a lo largo de la historia han sido fundamentales. Pero también estoy convencido de que estos avances han transitado en paralelo con las aportaciones de movimientos humanistas de toda índole, de hombres y mujeres que, no estando alineados expresamente con el feminismo, han realizado grandes contribuciones a las conquistas de la igualdad.

Como señala de forma contundente Amelia Valcárcel, al igual que ocurre con las mujeres, «un hombre es un ser humano, sujeto y sujeta a sus condiciones de posibilidad, sus circunstancias, su normativa de género».

Raewyn Connell, en su obra *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*, hace referencia por primera vez a la

llamada «masculinidad hegemónica», lo que aquí definiríamos como «viejas masculinidades hegemónicas». La socióloga aplica la teoría de la hegemonía cultural de Antonio Gramsci a los estudios de la masculinidad, lo que serviría para explicar cómo se estructuran de forma jerárquica los distintos modelos masculinos en un contexto patriarcal. Para Connell, el modelo de masculinidad hegemónica fomentado por el patriarcado no solo es pernicioso para la identidad femenina, sino que también lo es para cualquier modelo de identidad de los hombres que no cumpla con los requisitos establecidos. La definición de masculinidad de Connell describiría las viejas masculinidades, mientras que la propuesta política y epistemológica que aquí hacemos pasa por reconvertir las masculinidades hegemónicas viejas, tóxicas y de dominación en modelos de diversidad, diálogo y transformación. El modelo de masculinidad hegemónica de los hombres nuevos llegaría a ser el más deseable en un momento dado, y, como explica Sara Martín, lideraría por consenso implícito a otros modelos de masculinidad, de los que se distinguiría y a los que subordinaría en el orden social. La nuestra es una apuesta decidida por superar los mandatos y estructuras de poder de la masculinidad hegemónica tradicional, sustituyéndola por un sistema de referentes mucho más diverso, que se situaría como modelo fundamental de la «nueva masculinidad hegemónica» en base a aquellas expresiones de «ser hombre» —que hasta el momento eran disidentes— cuidadoras, pacíficas... Y todo ello en un proceso dinámico, imperfecto e inacabado, como un paso superador de la división secular de hombre y mujer, masculino y femenino, hasta que algún día seamos capaces de trascendernos y de borrar para siempre la línea que nos separa y limita.

Los hombres buenos

Cuando hablamos de la bondad nos estamos refiriendo a una virtud o cualidad propia de los seres humanos hacia sus semejantes y también hacia otros seres vivos que se manifiesta cuando alguien tiene la actitud de hacer el bien: ayudando a quien lo necesita; mostrando compasión activa con las personas sufrientes; siendo este amoroso, generoso, amable y altruista para tratar de hacer sentir a los demás felices, cuidados, seguros y queridos. Se trata de un presupuesto epistemológico, ontológico y práctico tan personal como político.

Entiendo la bondad como una virtud clásica que nunca va sola ni se puede sostener únicamente en categorías morales. Para funcionar realmente como una virtud, la bondad estaría necesariamente ligada a la empatía o a otros valores como la paciencia, la solidaridad, la humildad, la justicia social, la defensa de la equidad de género o la libertad individual y colectiva. La bondad estaría siempre entroncada y ligada a la cultura de los derechos humanos en su dimensión más global y universal: todos los derechos para todas las personas.

Al igual que el concepto de la «paz imperfecta», desarrollado por Francisco A. Muñoz, el ejercicio de la bondad es «una realidad procesual, dinámica e inacabada» que reconoce al ser humano como conflictivo y contradictorio. La práctica del bien vendría a aumentar la fortaleza espiritual, la capacidad transformadora y la confianza tanto de las personas como de los grupos y las comunidades.

La ternura, ayudar, compartir, comprender, dudar, rectificar, sonreír, reconocer, escuchar, conectar, acompañar, arropar, cooperar, pedir perdón, confiar o poner límites son otros de los ingredientes fundamentales y necesarios para construir la nueva narrativa que comprenda la trascendencia y el recorrido de la propuesta de los hombres buenos, todo ello desde

la contingencia política que aporta la perspectiva de género y el feminismo aplicado a los varones. Me gusta mucho pensar la bondad como «el síntoma más sublime de una elevada inteligencia, así como de un cerebro sano, que contribuye tanto a la felicidad personal como a la de los demás», como señala la psicóloga clínica Amaia Bakaikoa.

La bondad es una inclinación natural a fomentar lo deseable, motivada por un ejercicio constante y aprendido por comprender a los demás y el entorno desde la conciencia del impacto que las acciones propias tienen en las personas que nos rodean. Por mucho que la frase popularizada en el siglo XVII por Thomas Hobbes siga teniendo vigencia en nuestro imaginario colectivo, ha llegado la hora de dejar en paz al injustamente denostado *Canis lupus* y desterrar la androcéntrica, artificiosa y patriarcal idea de que «el hombre es un lobo para el hombre»: el «hombre» es consecuencia de una construcción cultural determinada, y la tarea en la que debemos empeñarnos es que ese hombre masculino singular pueda convertirse en un ser humano plural y en condiciones de equidad con las mujeres y con otros hombres, para llegar, así, a una verdadera humanidad.

Desde una perspectiva filosófica, la propuesta de poner en valor la bondad en los hombres es un punto intermedio entre las dos posturas divergentes que ha seguido históricamente el pensamiento humano: el absolutismo y el relativismo. Cuestiono las propuestas metafísicas para las que el bien es una realidad perfecta o suprema. Del mismo modo, las teorías subjetivas llevadas al extremo pueden abrir puertas al abismo del relativismo moral. Como seres interpretativos, los seres humanos necesitamos hacer uso de categorías abstractas o idealizaciones morales capaces de guiar y motivar nuestras acciones, como la libertad, la igualdad o la justicia, pero defiendo que estas construcciones culturales deben encajar en la conciencia, la responsabilidad de los actos, la contingencia de la libertad

individual y el poder de actuación e incidencia en uno mismo, así como en el entorno. Con esto quiero decir que no somos responsables de crear las superestructuras ideológicas en las que nacemos (como el sexismo), que nos preceden y que probablemente nos trascenderán si no tomamos conciencia de ellas, pero sí que tenemos la capacidad y responsabilidad tanto individual como colectiva de influir en su transformación a través de la potencia de cada una de las decisiones que tomamos, de las acciones que realizamos y de las comunidades de intereses que generamos en la sociedad en la que vivimos.

Un elemento importante de esta propuesta pasa por no confundir bondad con ingenuidad. Una concepción imperfecta de la bondad pasa de modo inevitable por la duda metodológica, pero ello no debe llevarnos necesariamente a un «buenismo relativista» alejado de la crudeza de algunas realidades, sino a conectar con la energía vital, el optimismo, la confianza y la predisposición al compromiso con el cambio personal y la acción colectiva.

Abogo por una concepción imperfecta de la bondad y una definición amplia de «ser hombre». Una bondad no perfecta es aquella que necesita mantener activada siempre la escucha tanto del propio cuerpo como de los de las demás personas, ya que las acciones propias, así como las palabras y las corporalidades, por acción u omisión, pueden dañar, incomodar o resultar limitadoras de las capacidades humanas de los demás.

Otro elemento básico de la bondad imperfecta pasa por el compromiso con la reparación del daño causado y la transformación personal, así como por la práctica del perdón. Se trata, por tanto, de una metaescucha transformadora y activa, en la que también entran en juego la conciencia y presencia de las emociones y la corporalidad y el espacio y potencia donde pensamiento, lenguaje y materia construyen de manera dinámica la narrativa humana, los cuentos que nos contamos y los personajes que nos toca o elegimos interpretar.